

Meditaciones fugaces a partir de Juan 20,19-31

Dionisio Byler, capilla de SEUT, 7 abril 2010

Hay tantas cosas que me llaman la atención en estos versículos, que me cuesta saber por dónde empezar.

Quizá habría que empezar con el saludo inicial de Jesús, por lo absurdamente informal y poco pretencioso que resulta. Desde luego si alguien hoy día nos dijera «¡Paz a vosotros!» cuando le vemos, sí que nos parecería pretencioso y pomposo. Pero lo más probable es que lo que dijo Jesús fue *Shalom* —un saludo multiusos que se estila hasta el día de hoy en Israel a manera de Hola o Adiós. Quizá el saludo castellano que más se aproxima al significado de *Shalom* sea «Qué tal». Un Qué tal, que en cuanto saludo, ha perdido todo su contenido como pregunta. No saludamos «Qué tal» porque de verdad queremos que nos cuenten con pelos y señales cómo se sienten o como lo han estado pasando desde la última vez que nos vimos. «Qué tal», o intercambiablemente, «Hola qué tal», es sencillamente el gesto de cortesía que anuncia: «Aquí estoy yo y aquí estás tú, y es socialmente importante que reconozcamos nuestra presencia uno con el otro». El saludo puede dar lugar a una conversación si ambas personas están dispuestas a ello, pero no necesariamente. De hecho, el mismo reconocimiento de que estamos los dos en un mismo espacio social se puede hacer sin palabras —levantando una mano, por ejemplo.

El saludo *Shalom*, entonces, llama la atención por ser un saludo tan absolutamente ordinario en una situación tan absolutamente extraordinaria. ¡No es todos los días que uno resucita después de que lo han matado! ¡Ni es todos los días que se nos aparece un amigo que ya habíamos enterrado!

Juan empieza por explicar que esto sucedió al anochecer el día de la resurrección. ¿Dónde había estado Jesús todo el día? Os voy a decir cómo se pasó el día entero. Se lo pasó paseando a solas por el campo, tratando de decidir con qué palabras históricas saludar a sus discípulos.

Todos sabemos las primeras palabras de Neil Armstrong cuando fue el primer hombre en pisar la luna. Yo lo vi en directo en 1969 y recuerdo que dijo: «One small step for a man, one giant leap for mankind». Bueno... esa misma fue una de las frases que estuvo barajando Jesús.

Me les aparezco cuando menos se lo imaginan y les suelto: «Un pequeño paso para un hombre, un gran salto para la humanidad.» ¡Qué bien suena! Seguro que me la anotan en los cuatro evangelios canónicos y hasta en los evangelios apócrifos.

Pero no. *Shalom*. «Qué tal.»

Bueno, esa es la primera cosa que me llama la atención. La segunda es la incongruencia entre lo que hace Jesús y la reacción de los discípulos. Para entender esto hay que tener en mente cómo concebían de la resurrección los judíos de aquella era, puesto que es así como lo describe Juan. Resucitar de entre los muertos significa que antes estabas muerto pero ahora estás vivo. Nada más. Si te has muerto desangrado y hecho un cisco porque te han azotado y clavado a una cruz y has padecido horas y horas de torturas inhumanas, ahora puede que estés vivo pero todavía tienes todas las heridas abiertas —en tanto que no te las venden y se te curen, claro está.

Entonces el bueno de Jesús, nada más saludar, hace lo que haríamos cualquiera de nosotros. ¡Les muestra las heridas!

¡Joer! Hay que ver lo que duele una crucifixión. Estoy molido, chicos. Mirad lo que me han hecho con los clavos. Y esto... Mirad esto. ¡Un listillo me clavó una lanza por aquí cuando ya estaba muerto! En el momento, como estaba muerto, no sentí nada. ¡Pero Dios mío, lo que duele ahora!

Vamos, lo normal. Uno ha pasado un trago durísimo y quiere contárselo a los amigos. Pero ellos, en lugar de interesarse, en lugar de escuchar con paciencia mientras les muestra las heridas, se echan a reír y bailan de alegría. Bueno, desde el punto de vista de ellos, también es natural. Pensaban que estaba muerto y no... aquí está. Está vivo y está mostrándoles lo que le han hecho. Ellos no se fijan en sus quejas ni tienen interés en sus heridas. Sólo celebran el que esté vivo. La escena es absolutamente rocambolesca: Jesús les muestra la espalda hecha jirones y ellos, ¡Ja ja ja! Les muestra las manos y ellos ¡Olé! Les muestra el boquete que le han abierto en el costado y ellos venga reírse y pidiendo una botella de cava para celebrarlo.

Al final todo este guirigay se calma y se hace silencio. Entonces, por fin, Jesús puede soltar el discurso que había estado preparando todo el día: *Hola colegas, qué tal.*

Pero Jesús sigue hablando... y aquí sí empieza a ser verosímil que sus palabras no fueran del todo espontáneas sino que estaban muy meditadas. Además, estas palabras van acompañadas por el acto simbólico de soplar sobre ellos:

—Así como el Padre me envió, yo os mando a vosotros. [soplo] Recibid el Aliento Sagrado. Cualquiera que liberéis del error, quedará libre de sus errores; pero los que no liberéis, quedarán atrapados en su error.

Ya veis que he hecho una traducción muy mía. Y es que quiero que nos libremos de frases archiconocidas y conceptos preconcebidos. Todos pensamos que sabemos qué quiere decir la frase: «Recibid el Espíritu Santo».

Pero este hombre ha estado muerto y ahora respira. Y de sus pulmones antes sin aliento, sale ahora un aliento vivo. Un aliento de vida incontenible, de vida que ni la

mismísima muerte ha podido contener. Y ese aliento sopla sobre nosotros, para que nos envuelvan esos átomos de aire milagroso, ese aire que era imposible que esos pulmones muertos expulsen y soplen. A continuación, porque nosotros también estamos vivos, inspiramos aire. Y entre los átomos de aire que inspiramos hay algunos que penetran a nuestros pulmones procedentes de los pulmones de este muerto que respira.

Una de las cosas que tal vez observamos es que no huele a podrido —que es como tenía que oler cualquier aire que sale de pulmones que han estado muertos. Tampoco es que huelga a incienso. Parecería ser aire normal, la atmósfera habitual de este planeta.

—[soplo] *Recibid el Aliento Sagrado.* Este aire que expulsan los pulmones de Jesús es el mismo aliento de la creación del ser humano en Génesis. El mismo aliento divino que dio vida al barro moldeado por los dedos de Dios. Jesús nos invita a volver a vivir. Nos invita a respirar un aliento nuevo. Nos invita a abrir nuestros pulmones como si fuera por primera vez, a inspirar el Aliento Sagrado, el aliento del Creador.

Jesús no se quiere quedar este aliento nuevo, esta vida nueva que está experimentando. No se la quiere guardar solamente para sí. Si Dios ha empezado aquí y ahora un nuevo acto de Creación tan importante como el acto inicial de la Creación en Génesis... ¡Esto es algo que hay que compartir!

—[soplo] *Recibid el Aliento Sagrado.*

Pero de inmediato Jesús amplía el círculo. Este nuevo aliento de vida, este Aliento Sagrado que ha resucitado a Jesús de entre los muertos, no es solamente para los discípulos. No es solamente para los diez (sin contar a Judas Iscariote ni a Tomás Dídimo). No es solamente para el número indeterminado de varones y mujeres, discípulos y discípulas de Jesús todos ellos y todas ellas, que pudieran estar reunidos en ese momento.

La gente vive presa del error. Tienen ideas equivocadas acerca de la vida y acerca del Dios que nos dio la vida. Y esas ideas equivocadas provocan conductas equivocadas. Presas de temores, ansiedades, escrúpulos y complejos inconfesables... actuamos de maneras egoístas, somos malpensados y desconfiados de los demás, nos hacemos enemigos... Pensando agradar a Dios con ello, juzgamos a los demás y en el propio acto de juzgar, somos nosotros mismos insoportables. Nos entregamos a la malicia y a la maldad —a veces maldad religiosa, que es la peor de las maldades. Como dijo un ateo: «La gente mala hace el mal y la gente buena hace el bien; pero para que la gente buena haga el mal, hace falta la religión».

He traducido «liberar del error» en lugar de «perdonar pecados» en este versículo —Juan 20,23— porque aquí también nos conviene menos familiaridad con frases hechas. Todos pensamos que sabemos qué es lo que viene a ser perdonar pecados.

Más difícil es —quizá— imaginar que puede ser aquello de retener pecados en lugar de perdonarlos. Pero yo quisiera repetiros la traducción que ya os di antes:

Jesús dice: —*Cualquiera que liberéis del error, quedará libre de sus errores; pero los que no liberéis, quedarán atrapados en su error.*

No creo que Jesús estuviera dando a los apóstoles autoridad para decidir perdonar a algunos pecadores pero no perdonar a otros. Me parece que Jesús está invitando a sus seguidores a soplar este Aliento de Vida Nueva a todos los lugares adonde van. Y les indica claramente la carga de responsabilidad que les toca asumir. Porque allí donde los seguidores de Jesús no lleguemos con el mensaje de liberación de nuestra manera equivocada de pensar y de vivir, la gente seguirá atrapada en sus errores. Seguirá presa de sus miedos, sus complejos, sus ansiedades, sus sentimientos de nunca dar la talla, nunca valer lo que tendrían que valer. Y motivados por esos miedos y esa inseguridad personal, seguirán tratando mal a los demás. Seguirán incapaces para amar enteramente.

Y para ellos será como si esta Nueva Creación no hubo sucedido. Como si el Aliento Sagrado no esté soplando ya entre la humanidad y penetrando nuestros pulmones con cada bocanada de aire que inspiramos y expulsamos.

¡Qué trágico sería que queden personas sin liberar, personas que sigan atrapadas en su error!

Y por último os cuento una tercera cosa que me llama la atención en estos versículos. Tiene que ver con Tomás, con quien me identifico mucho. Me identifico porque creo que me suele pasar lo mismo. A mi esposa le encanta escuchar sermones edificantes por internet. A veces me cuenta los milagros y las profecías que oye contar — y mi reacción es siempre la misma que la de Tomás.

¡Cómo se ha atrevido Dios a hacer algo así sin contar conmigo, sin estar yo presente para comprobar que sea cierto! ¡Es que la gente es tan crédula y manipulable!

Como Natanael, que estaba seguro que era imposible que saliera nada bueno de Nazaret, yo estoy seguro que es imposible que salga nada bueno de los televangelistas y de los predicadores de internet. El caso es que Connie —mi esposa— es feliz y vive llena de esperanza e ilusión por las cosas que escucha. Y yo... Es posible que hasta esté en lo cierto con mis dudas y mi cinismo, pero no soy tan feliz como ella ni estoy tan lleno de esperanza e ilusión acerca de la hora espiritual en que vivimos.

Yo no sé si es verdad que estamos por fin al filo de una gran revolución espiritual a nivel mundial que atraerá a las multitudes hacia Jesús. Me parece que vengo escuchando más o menos esas mismas predicciones desde que tengo uso de la razón. ¡Y ya tengo 60 años! Pero sí sé que como Tomás, la próxima vez que se aparezca Jesús y

salude a sus discípulos con ese «Qué tal» tan carente de pretenciosidad y autobombo, ojalá me pille reunido con mis hermanas y hermanos.

Y ojalá me pille con esa misma disposición de Tomás, de adorar y exclamar: «¡Mi Señor y mi Dios!»

Repasando, entonces:

1. Aprendamos de Jesús a ser sobrenaturalmente naturales y carentes de afectación.
2. Recibamos y distribuyamos a otros el Aliento Sagrado del Creador, la nueva vida de la resurrección que trae consigo el liberarnos de vivir vidas erradas y llenas de maldad.
3. Como Tomas, si nos hemos perdido alguna primera oportunidad, que cuando haya una segunda oportunidad, nos encuentre dispuestos a recibirla con adoración.